

Ordenación episcopal de S.E. Mons. Arturo Eduardo Fajardo Bustamante, Obispo electo de San José de Mayo, sábado 8 de septiembre de 2007 en la catedral de San José de Mayo.

Lecturas: Miq 5,1 - 4^a; Sal 12; 2 Cor 1,20 -24; Mt 1,18 - 25.

Hermanos y hermanas, todos muy queridos

A fines de junio, en la vigilia de la fiesta de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, cundió en Roma y en el Uruguay una muy alegre noticia: el Santo Padre había nombrado al Padre Arturo Eduardo Fajardo Bustamante Obispo de la diócesis de San José de Mayo. Estaban alegres todos los integrantes de esta diócesis, que con motivo del traslado de Monseñor Pablo Galimberti a la sede de Salto quedó vacante un año entero. Ya en octubre pasado, esta comunidad diocesana tuvo la alegría de celebrar los 50 años de la llegada de su primer Obispo en la persona de Monseñor Luis Baccino. Fue el Papa Pío XII quien erigió la diócesis de San José de Mayo bajo el nombre latino *Sancti Iosephi in Uraquaria*. Durante un medio siglo esta comunidad diocesana siguió dando testimonio de una vida de fe dinámica, empeñándose en la construcción del Reino de Dios por obra de un clero y laicado cada vez más comprometidos, llevando un impulso pastoral y catequístico a zonas urbanas y rurales, promoviendo una evangelización encarnada en la cultura y la sociedad a través de los medios de comunicación modernos. Precisamente es la diócesis, que desde 1995 tiene su propia emisora religiosa, es decir, la primera radio católica del Uruguay.

No cabe duda de que en estos 50 años fueron muchísimas las personas que han compartido con los tres sucesivos Obispos diocesanos este camino que da sentido a nuestra vida cristiana de cada día. Recordamos con viva gratitud la obra evangelizados valientemente guiada por los tres Pastores que han servido a esta familia diocesana: los Monseñores Luis Bacrino, Herbé Seijas y Pablo Galimberti. Saludo, pues, con afecto fraterno, al Obispo de Salto, que me acompaña de modo particular en la ceremonia de ordenación episcopal de su

Sucesor en la sede Josefina.

Asimismo, me siento muy complacido en dar gracias por el servicio esmerado y muy apreciable que ofreció a la diócesis vacante el **Padre Alejandro Galesio** en su calidad de Administrador Diocesano. No sólo se desempeñó cabalmente en las tareas pastorales y de la curia, sino también - como único sacerdote uruguayo - participó en la Vª Conferencia General del Episcopado de América Latina y el Caribe, la cual se había reunido en Aparecida, Brasil. El Padre Alejandro se quedó contagiado del espíritu evangelizador de esa gran vivencia continental. Parece que volvió al país con una chispa, con la que quiere ahora encender a los demás para que todos se hagan discípulos misioneros 'como testigos de Jesús y favorezcan la promoción integral del hombre a través de su modo de ser y de vivir en la fe y el servicio pastoral. En nombre de la Sede Apostólica de Roma, me es grato agradecerle de todo corazón al estimado Administrador Diocesano su muy valiosa actuación en medio de esta Iglesia particular. Merece un fuerte aplauso.

Bajo su guía ha sido preparado este acontecimiento de enorme gozo para los orientales, que es precisamente **la consagración episcopal del Presbítero Arturo Fajardo**, a quien Su Santidad Benedicto XVI ha elegido como 4º Obispo de esta querida comunidad diocesana. Tengo un inmenso placer y honor de saludar a la numerosa delegación de la Diócesis de Minas quienes acompañan a Monseñor Francisco Barbosa Da Silveira, quien cumple la función de segundo concelebrante en esta ordenación episcopal. A todos los aigüeños y minuanos vayan mis fraternas felicitaciones y los mejores augurios por un sereno y próspero porvenir.

Habría mucho que decir sobre **el Protagonista de esta solemne celebración**, que por su naturaleza resulta bastante larga y rica de contenido espiritual. Me limito sólo a recordar algo que me parece estar en sintonía con la Palabra de Dios que acabamos de escuchar. Alumno de escuela primaria y de

liceo en Aiguá, al joven Arturo, le impresionó mucho la persona de Monseñor Edmundo Quaglia, 2º Obispo de Minas (1964-1976). El Pastor minuano tenía muchas ilusiones puestas en la vocación sacerdotal del muchacho, mas él optó por entrar al Liceo Militar de Minas. Luego hizo un año de aspirante en la Escuela Militar de Toledo. Fueron años difíciles en la vida del país. Pero la disciplina militar marcó la formación humana y moral del joven cadete, que a sus 20 años resolvió ingresar al Seminario Mayor Interdiocesano Cristo Rey de Montevideo (16 de febrero de 1981). Arturo conservó la amistad con sus compañeros militares; algunos de ellos, hoy de alto rango, están presenciando muy emocionados este acto de promoción eclesial de su querido Colega y amigo.

Arturo comenzó a militar con valentía **bajo la bandera de Jesucristo** cuando recibió la ordenación sacerdotal el domingo 8 de mayo de 1988 en la ciudad de Florida, **de manos del Papa Juan Pablo II** durante su segundo viaje apostólico al Uruguay. En la solemne Eucaristía celebrada bajo la mirada de la Virgen de los Treinta y Tres y Madre cariñosa de todos los orientales, el Sumo Pontífice, ordenando nuevos sacerdotes, **habló** a los jóvenes como lo hizo Jesús en la última Cena con sus apóstoles: "*No me habéis elegido vosotros, sino que yo os he elegido a vosotros*" (Jn. 15,16) y citando también aquellas palabras que después de tantos siglos todavía conmueven nuestros corazones: "*Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando*".

Saludo con muchísimo afecto a todos los maragatos y porongueros, así como a todos los Señores Obispos del Uruguay, a los sacerdotes diocesanos y regulares, a las religiosas y demás personas consagradas, a los seminaristas, catequistas y otros laicos comprometidos, a los distinguidos representantes de las autoridades civiles: tanto locales como departamentales, a los delegados de las autoridades militares y policiales. Les abrazo a todos Ustedes con gran cariño de Representante Pontificio, trayendo a cada uno el saludo y la bendición del Santo Padre.

Permítanme extender también **un saludo muy especial a la comunidad parroquial y civil de Aiguá**, que con sano orgullo comparte hoy la alegría de este evento eclesial al ver a uno de sus paisanos, hijo de Arturo Fajardo y de Marina Bustamante de Fajardo, elevado a la cumbre del sacerdocio católico. Arturo nació, fue bautizado y creció en esa parroquia de San Antonio de Padua y Nuestra Señora del Valle Aiguá, que se extiende en una bella zona rural del departamento de Maldonado. Fundada oficialmente hace ya 100 años y rodeada de pintorescas serranías, la ciudad de Aiguá, se está desarrollando bajo la consigna de paz, labor y progreso.

Asimismo saludo con sincero afecto **la delegación muy numerosa de la diócesis de Minas** encabezada por su obispo Monseñor Francisco Barbosa Da Silveira, quien cumple la función de segundo concelebrante en esta ordenación episcopal. A todos los aigüeños y minuanos vayan mis fraternas felicitaciones y los mejores augurios por un sereno y próspero porvenir.

"Hacéis lo que yo os mando" (Jn 15,14). Mediante estas palabras divinas, el Santo Padre recordó a los ordenandos que "Cristo os va a comunicar su amistad, una unión con Él tan singular, que sus palabras serán vuestras y vuestras palabras serán suyas, su Cuerpo, será vuestro y vuestro cuerpo será suyo... Precisamente porque somos amigos del Señor y Redentor del mundo, hemos de ser *los servidores del Pueblo de Dios*...Vuestra alegría más profunda... es y será siempre la de *pertenecer totalmente a Cristo* que os ha llamado, que os envía, que os acompaña y que os espera en los hermanos" (Homilía durante la Misa con ordenaciones sacerdotales, celebrada en el Estadio de Florida; L'Osservatore Romano, edición semanal en español, n. 20 (1.011), 15 de mayo de 1988; pág. 10 (322)).

Ciertamente, tu, querido Arturo, has tomado muy a pecho este mensaje de Juan Pablo II como motivo central de tu actividad sacerdotal en el servicio parroquial, en la pastoral juvenil y vocacional, en la formación de seminaristas y en su dirección espiritual, en el cargo de Rector del Seminario Interdiocesano y

en el de Presidente de la Comisión Directiva de la Asociación Hogar Sacerdotal Monseñor Jacinto Vera de Montevideo, es decir, durante uno 20 años del ejercicio de tu ministerio diaconal y sacerdotal. El mismo leitmotiv resuena hoy en el lema de tu escudo episcopal: *servidor de la alegría*.

Por eso, también yo animado por la misma alegría de servir a Cristo en los hermanos, con sincero agrado y satisfacción voy a consagrarte Obispo de la Iglesia católica. Tú sabes bien que yo recibí la ordenación episcopal de manos del Siervo de Dios Juan Pablo II en la basílica de San Pedro en el Vaticano. A partir de ahora, ambos tendremos el mismo linaje de la sucesión apostólica.

Antes de proceder al rito de consagración quiero aún llamar tu atención, querido Arturo, y la de toda la asamblea, sobre la **Sagrada Familia**, cuyo misterio estamos celebrando hoy en la fiesta de la natividad de la Virgen. Las tres lecturas bíblicas nos hablan de Jesús, María y José, cuya vida se convirtió en modelo para todos nosotros. Dios eligió a María y a José para darle una familia a Jesús, quien fue concebido en María por obra del Espíritu Santo. En el nacimiento de Jesús se cumplió la profecía mesiánica del Emmanuel, que significa "**Dios con nosotros**" (Miq. 5, 1-4^a y Mt. 2,5-6). El Mesías, o sea Ungido, es decir, Cristo, es efectivamente Dios con nosotros no sólo por su misión divina, sino porque es Dios hecho hombre. En su única persona Jesús tiene la naturaleza divina de su Padre y la naturaleza humana de su Madre. En el misterio de la Encarnación se manifestó la presencia de Dios en la tierra. San José como esposo de María y padre legal de Jesús, encubre y protege este misterio de la Encarnación. Siendo hombre justo y siervo cumplidor, José añadió y aumentó la paz y felicidad de la Sagrada Familia. Como su purísima esposa María, José tenía una conducta intachable. Obedeciendo a la voz del ángel, apartó el peligro de muerte con que el rey Herodes amenazaba al Niño. Apartó también de la casa de Nazaret el hambre y la miseria con el trabajo de sus manos. Si bien descendiente de la estirpe real de David, permaneció siempre un pobre carpintero. Por su elevado cargo de protector y por trato familiar y continuo con Jesús y con María, creció ininterrumpidamente en eximia santidad.

La familia evoca la casa. El Obispo está llamado a hacer de la comunidad diocesana una casa y escuela de comunión, en la cual todos se sientan acogidos como en su propia casa. Para todo el Pueblo de Dios ha de ser padre, amigo y hermano.

Asimismo, cada Obispo, **aceptando con gozo el Evangelio**, debe guardarlo siempre incontaminado de todo error y predicarlo con santa audacia. Como padre de la familia diocesana y constituido en autoridad, con amor y espíritu de servicio trabaja en bien de todos, empeñándose en la construcción de una sociedad siempre más justa y más unida. Igualmente el nuevo Obispo de la comunidad diocesana, cuyo Patrono celestial es San José, va a utilizar su autoridad para hacer el bien, como Jesucristo que no vino para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por muchos.

En Cristo se cumplieron todas las promesas de la Primera Alianza - como nos enseña el apóstol Pablo - ya que al enviarnos a su Hijo, Dios cumplió sus promesas para con la humanidad (2 Cor 1,20-24). **Jesús sólo hizo lo que Dios deseaba, diciendo "sí" al proyecto de su Padre.** También nosotros en el bautismo decimos nuestro primer "sí" a Cristo, nuestro Señor y Maestro. En cada Eucaristía repetimos ese mismo "sí". Además, en nuestras oraciones decimos "amén", o sea "sí, es verdad", "así es".

Tu, querido Arturo, **has dicho "sí" al Santo Padre Benedicto XVI**, cuando en nombre de Jesucristo él te pidió entrar en el colegio de los Sucesores de los Apóstoles, Y con tu "sí" has dado **un gran** motivo de alegría a la Iglesia universal y, especialmente, a esta Iglesia que peregrina en tierras orientales y a este colegio apostólico que subsiste en la Conferencia Episcopal del Uruguay. Ya sabemos, mirando tu escudo episcopal, que quieres ser para tus hermanos Obispos y para todo el Pueblo de Dios un "servidor de la alegría". Con tu ministerio episcopal te propones contribuir a la alegría de toda la comunidad cristiana.

En virtud de tu "sí" vas ahora a recibir **la unción de Dios, que es el Espíritu Santo con todos sus dones divinos**. Quedarás como "sellado", es decir, marcado con el distintivo de que eres propiedad de Dios y ya no te perteneces a ti mismo. No puedes ser sino fiel a tus promesas, constante y sincero en tu actuación. Lejos de ti, ser hombre de doblez, un juguete del "sí y del "no". Todo será en ti recto, claro y franco: camino sin pérdida, verdad inmovible, conducta segura. Tal es el Maestro, tales deben ser sus servidores, conforme al corazón de Cristo Buen Pastor. Has de ser testigo cercano y gozoso de Jesucristo, Señor de vida y de verdad.

El Espíritu Santo será Maestro interior de tu vida según Cristo. Él, "dulce huésped" de tu alma, será desde ahora tu rector, tu guía, tu luz y tu fuerza. Debes abandonarte sin reserva a sus operaciones divinas y ser siempre dócil a sus inspiraciones. Así, el Espíritu Creador podrá iluminar ni mente, enardecer tu corazón y penetrar tu cuerpo con sus energías rejuvenecedoras. Te lo auguramos de todo corazón a ti que dentro de unos instantes te convertirás en el decimoquinto Obispo uruguayo. Amén.

+ Mons. Janusz Bolonek

Nuncio Apostólico en Uruguay